

## CAPITULO III.

## Otra vez el desengaño.

Alejandro de Humboldt había visto desaparecer con dolor todas sus esperanzas á causa de este nuevo golpe; un dia había concluido con el proyecto que concibiera desde hacia muchos años. (1)

Pero Alejandro tenía bastante fuerza de carácter para poder vencer también este contratiempo; se resolvió, tan luego como pudiera, á ausentarse de Europa de cualquier modo y á emprender alguna cosa, para distraer su

(1) Viajes de Humboldt á las regiones equinocciales.

mal humor. Y efectivamente se le presentó un nuevo rayo de esperanza.

Alejandro entró en relaciones con el cónsul sueco Skiöldebrand, que tenía que entregar unos regalos de la corte de Suecia al dey de Argel, y había venido á Paris, para embarcarse en Marsella. Skiöldebrand había sido empleado por algun tiempo en la costa de Africa y habiendo llevado buenas relaciones con el gobierno de Argel, pudo conseguir el permiso, para que Alejandro explorase aquella parte de las cordilleras del Atlas, á las cuales no se habían extendido las importantes investigaciones de Desfontaines.

Alejandro estaba contentísimo; al fin había encontrado una oportunidad para emprender una expedición científica, y aunque no fuera á las deseadas islas del mar del Sur, ni tampoco á los bosques vírgenes de América, era siempre una interesante region de la costa de Africa, la que podía explorar. Bonpland convino en acompañarle.

Entonces había necesidad de combinar un nuevo plan, y ambos con igual entusiasmo y estrechamente unidos por el contratiempo que acababan de sufrir, pronto estuvieron de acuerdo sobre el particular. Primeramente debían ir en la fragata sueca del cónsul Skiöldebrand para Africa; allí tenían que explorar las altas cadenas de montañas de Marruecos, y luego, debían agregarse á la caravana para la Meca; el camino conducía por el golfo de Persia á las Indias orientales.

Hacia fines del mes de Octubre de 1798 salió Alejandro de Paris despues de haberse despedido de su hermano y su amable familia, y se fué perfectamente alistado en compañía de Bonpland, para Marsella, en donde queria esperar la llegada de la fragata sueca.

Mas le esperaba aún otro desengaño. Parecia que el destino le queria detener en la costa de Europa, ó hacerle buscar otra carrera mejor.

Dos meses enteros esperó con su compañero de viaje, Bonpland, en Marsella,..... mas la fragata de Suecia no llegaba aún. (1)

El señor de Skiöldebrand, tambien la esperaba en Marsella, con impaciencia..... *pero la fragata no llegó.* Los tres subieron varias veces al cerro «Notre Dame de la Garde», que ofrecia una vista muy lejana en el mar mediterráneo..... *la fragata no llegó.* Cada buque de vela, que se hacia visible en el horizonte, les ponía en excitacion..... en vano..... nada se veía del buque deseado.

Así bajaron del cerro un dia los tres señores llenos de desesperacion, de muy mal humor y entraron en un café. La lectura de los periódicos debia distraerlos. Alejandro vió palidecer repentinamente á su amigo Bonpland.

[1] Klenke pág. 42.

Pero éste, sin proferir una palabra les enseñó una noticia en el periódico, que Skiöldebrand y Humboldt empezaron á leer. El periódico decia: *que la fragata sueca, que debia llevarles á Argel, habia sufrido mucho en una tormenta en las costas de Portugal, y estaba anclada en el puerto de Cadiz. Por de pronto no podia continuar su viaje el «Jaramas» (así se llamaba el buque.)*

Alejandro estaba como aniquilado, casi creia que su corazón debia despedazarse y se apoderó de él un humor negro, juntamente con un doloroso sentimiento por este segundo desengaño.

¿Qué hombre de inteligencia y carácter no sería capaz de resistir á un desengaño? ¿y qué mortal podria decir que la vida no le hubiese dado jamás motivo para ejercitarse en sobreponerse á las ilusiones perdidas?

Pero si se destruyen *todas* las esperanzas y espectativas, que hemos tenido con un empeño verdadero de alcanzar *aquel* objeto que consideramos como el de nuestra vida, entónces aún el mas fuerte se siente herido en la raiz de su existencia y su alma se nubla y entristece.

Así sucedió entonces con Alejandro de Humboldt, pero ni un momento perdió de vista su objeto y ni en un ápice modificó sus proyectos de abandonar la Europa; al contrario, todos estos desengaños y esperanzas destruidas hicieron que su resolucion se afanzara más y más en él; sin embargo, su buen humor habia desapare-

cido por el momento. Con una impaciencia sin límites espiaba toda oportunidad, para poder aprovecharla en sus designios.

En el puerto de Marsella anclaba en aquella época una pequeña barca de Ragusa, pronta á hacerse á la vela para Túnez. Esto les pareció á los dos amigos una buena oportunidad, para acercarse siquiera á Egipto y la Siria. Despues de breves negociaciones convinieron con el capitán el precio del transporte, y ya el día siguiente debían salir del puerto, pero..... la partida se volvió á demorar.

Y esta demora fué una gran fortuna para los dos compañeros. En el mismo día se supo en Marsella que el gobierno de Túnez habia ordenado una persecucion contra todos los franceses domiciliados en la Berbería y que esperaba á todo el que pisara su territorio, la muerte ó la esclavitud.

Alejandro y Bonpland se habian escapado de un gran peligro; pero su viaje se frustró por tercera vez.

¿Qué habian de hacer bajo estas circunstancias? Era imposible partir antes de la primavera y sin embargo se hizo mas firme en Alejandro la resolucion de realizar su gran proyecto; lo mismo sucedió con Bonpland.

Despues de una larga reflexion se resolvieron al fin, á pasar el invierno en España. Allí habia mucho campo para trabajar en algo por las ciencias y ademas podian aprovechar cualquiera oportunidad para realizar su viaje en la próxima primavera.

¡Pues á Madrid! dijeron y en efecto á principios de Enero se pusieron en camino para la capital de España.

Este pequeño viaje fué dedicado tambien á exploraciones científicas, pues Alejandro de Humboldt tuvo siempre presente el objeto superior de su vida. Provisito de excelentes aparatos, determinó las alturas y la situacion astronómica de muchos puntos importantes, subió á las altas cumbres del Montserrat y determinó la verdadera altura de la llanura central de Castilla, mientras Bonpland exploró el reino vegetal, haciendo grandes colecciones.

Al fin llegaron á Madrid. Y entónces parecia, que una estrella mas favorable comenzaba á brillar para Alejandro.

Encontró allí al embajador de Sajonia, Baron Florell, hombre amable, que á sus grandes conocimientos mineralógicos reunia un inmenso interés por las ciencias naturales en general. El embajador tomó mucho empeño en la realizacion de los proyectos de viaje de Alejandro, presentándole, á él y á su compañero Bonpland, al ilustrado ministro español, Don Mariano Luis de Urquijo, que era como ellos amante de las ciencias, y de este modo fueron presentados tambien á la corte los dos amigos por la recomendacion del referido ministro.

La corte se hallaba en Aranjuez, en donde Alejandro tuvo oportunidad de explicar al rey los motivos científicos, así como las ventajas que resultarían de las explora-

ciones proyectadas para la vida práctica, y en efecto consiguió que el rey fuese favorable al proyecto.

De este modo recibió Alejandro el permiso real, muy raras veces concedido, para visitar y explorar sin limitación ni condición alguna, todas las posesiones españolas en América, y el ministro D. Mariano Luis de Urquijo le prometió su protección y ayuda.

¡Quién podría expresar la alegría que experimentaron Humboldt y su joven amigo Bonpland! Alejandro había tropezado hacia algunos años con tantos contratiempos, que apenas podía creer entonces, que su vehemente deseo iba á cumplirse al fin. Por este motivo, como para todos los mortales, en casos semejantes cuando la suerte cambia repentinamente para ser favorable, experimentó cierta congoja, que le hizo temer un nuevo cambio de las circunstancias y agitado por el placer despertó entonces con doble fuerza su anhelo por los viajes, y se apresuró á salir de Madrid para irse á la costa.

Sin detenerse en largos preparativos, los dos amigos salieron de Madrid para llegar á un puerto, pasando por las hermosas serranías y rocas de Galicia, por las puntas de granito cerca de Coruña y las erupciones de las aguas del mar, que deben haber originado la separación de estas cordilleras de montañas y paredes de rocas casi perpendiculares, unidas hacia muchos miles de años.

Tenían que llegar á Coruña, donde habían sido recomendados por el ministro y primer secretario de Estado,

al comandante D. Rafael Clavijo; allí anclaba la corbeta «Pizarro», destinada para ir á la Habana y México. En ella debían embarcarse, para alcanzar al fin su objeto tan ardientemente deseado. Pronto llegaron á Coruña..... pero los ingleses tenían bloqueado el puerto y por este motivo estaban interrumpidas las relaciones entre la madre patria España y las colonias españolas en América. (1)

(1) Viajes á las regiones equinociales del nuevo continente págs. 6 y siguientes. Klenke: págs. 43 y siguientes.